

MUJERES Y CONFINAMIENTO¹

Este pequeño texto lo dedico con mucho amor a las protagonistas de los relatos y a la Dra. Elvira Hernández Carballido.

Lo único que se hacer es contar historias y, en mi experiencia, he aprendido a desmitificar el papel poco serio que la academia solía otorgar a lo testimonial y restituirle su valor como parte del registro histórico que congrega memorias acerca del crisol y polifonía de la experiencia de ser mujeres. Por ende, la manera en cómo puedo compartir sobre la vivencia y efectos de la pandemia sobre nosotras, es a través de nuestras propias historias. En mi opinión, el valor del testimonio es trascendental, en tanto ejemplifica la forma en cómo nos ha afectado y conducido a las mujeres a explorar desiciones y acciones a lo largo de estos ya casi dos años de la llegada del covid.

En marzo del 2020, el famoso virus, nos obligó a una pausa forzada, arrinconándonos en una angustiada e impredecible espera. Juntas con el mundo, aguardábamos un momento de reanudación de actividades y vida social que nos permitiera volver a echar en marcha las próximas salidas, las reuniones, los proyectos venideros, los “nos vemos pronto”, y la vuelta a la chamba o a la escuela. Sin embargo, el 2020 había dejado todo suspendido en un tiempo indefinido.

Engañosamente, ese año parecía también desdibujar la fuerza del movimiento feminista que tanto terreno había ganado colectivamente en el 2019. Incluso, tras la llamada a confinamiento en la última semana de marzo del 2020, parecía que se omitía o borraba la trascendental marcha del 8M en el que millones de mujeres nos reapropiamos en una histórica marabunta del espacio público. Sumado a ello, tuve la impresión de que el paro de labores del

¹ Acotación inicial: los nombres de las mujeres protagónicas del texto han sido cambiados a petición de las mismas por motivos de privacidad.

9M, en la que millones de mujeres habíamos participado, había quedado totalmente en el olvido y la omisión.

Poco a poco esa burbuja de tiempo y espacio, llamado “confinamiento” parecía someter nuestras ansias de revolución en un cautiverio del que solo podíamos asomarnos al exterior a través de esos pequeños cuadros del zoom o de las redes sociales. Mientras, el país entero se encontraba en la cuenta reversible y cardíaca del tic, toc, tic, toc, para la entrada del desconocido y temido virus, niñas y niños al igual que adolescentes, jóvenes, mujeres y hombres, adultas mayores, regresaron a casa para poner en el perchero un equipaje lleno de rutina y proyectos, y sentarse alrededor de una mesa abastecida de incertidumbre. En esas casas, departamentos y cuartos, se diluyeron las fronteras, se acabó lo público y lo privado e incluso el día y la noche. Los espacios personales y los horarios laborales se esfumaron y como bien sabemos, el trabajo para las mujeres se triplicó.

La casa, en muchos de los casos para las mujeres y niñas, cobró un significado aún más complejo en el que las labores cotidianas ordenadas genéricamente cobraron fuerza e incluso ese hogar se posicionó como un escenario inevitable de violencia.

En esta experiencia de pandemia mortífera y repentina, las mujeres parecíamos haber quedado flotando en el aire en una burbuja hecha de miedo, angustia, asombro y silencio, mientras nos sumergíamos a rutinas de trabajo continuo que no daba tregua.

Algunas de nosotras pudimos permanecer en casa, sin embargo, no todas las mujeres contaron con este privilegio o con la simple decisión de ponerse en pausa. Muchas de ellas teniendo las mismas preguntas e incertidumbre simplemente tuvieron que apretar el botón de “continuar”, y con esto, seguir inyectando de gasolina a la maquinaria sistémica patriarcal repleta de desigualdades. Para muchas mujeres no hubo opciones, pero incluso para quienes pudimos quedarnos en casa, tampoco alcanzamos a vislumbrar todos los efectos subsecuentes que acontecerían.

De ello que surge la pregunta de cómo capturar la complejidad de las vivencias de millones de mujeres que hoy, ya forman parte del devenir histórico y que nos hablan de desigualdades y problemáticas muy anteriores a la pandemia. Teniendo en cuenta que la pandemia SARS COVID 19 es un

suceso paradigma en la memoria histórica del siglo XXI, considero trascendental aglutinar relatos, historias, testimonios que registren la huella de las afectaciones que este suceso ha dejado y y sigue causando en nosotras.

Incluso considero que el Covid como acontecimiento, bien podría ser referente forzado de análisis que nos invite a repensar históricamente las raíces de distintas problemáticas, socioeconómicas, políticas, jurídicas y culturales que estamos enfrentando las mujeres en tiempo presente.

Quisiera enunciar algunos ejemplos.

En los últimos meses ha cobrado mayor visibilidad el tema de la afectación de la salud mental de las mujeres ocasionada por el aislamiento y por la complejidad de los espacios cotidianos en los que ha quedado diluida la vida familiar de la profesional. Cada que leo sobre esto veo pasar una galería de rostros de mujeres que me han compartido las historias que han tenido que sostener durante la pandemia, sin embargo, mi mente se detiene con especial melancolía en Lola.

Lola tenía 69 años. De joven había sido una artista del canto admirada por su talento y su imponente presencia. Su vida, como la de millones de mujeres en los años setenta [ó en los actuales del país], se desarrolló entre una condición socioeconómica precaria y dinámicas familiares y sociales circunscritas en torno a la violencia. Aún así, esta mujer había sorteado un poco su suerte saliendo a flote a través del talento de su voz. Lola era cantora, amaba el mariachi. En su historia, una relación con violencia le había dejado un agudo alcoholismo, una depreseión crónica, un hijo que en su adultez se hizo alcohólico y una violación perpetrada por tres individuos, estando ella recién parida. Había sobrellevado su condición de “madre soltera y alcohólica” con la combinación de una vida llena de golpizas arremetidas por su hermano mayor, quién le recordaba diariamente su falta de honra y decoro. Se le había etiquetado simbólicamente una leyenda que decía “la vergüenza de la familia”, a modo de la novela de Hawthorne en la Letra Escarlata. Cuando yo la conocí, llevaba 8 años sin probar una sola gota de alcohol, ella me lo contó orgullosa. Lola ayudaba a mujeres de todas las edades en un centro de adicciones y rehabilitación y se mantenía con una módica pensión de gobierno. Rentaba un pequeño cuarto por 2,500 mil pesos al mes en el que le cabían sus 69 años de vida.

Lola seguía teniendo una presencia espectacular, recuerdo su mirada engalanada con unas pestañas largas y postizas que siempre usaba y un sentido del humor que disfrazaba cualquier dejo de desgracia que a corazón adentro pudiera sentir. Ella siempre hablaba en los grupos de ayuda a favor de los derechos de las mujeres para vidas sin adicciones y sin violencia. Siempre quería ayudar a otras, incluso a veces acogió en su minúsculo cuarto a adolescentes y mujeres en situación de calle con problemas de adicción.

Llegó el 2020 y ante la llamada a confinamiento, su hijo quedó sin trabajo y se mudó con ella; su hijo, un alcohólico de 48 años diagnosticado con trastorno de personalidad y ataques psicóticos. ¿Qué haría con sus mil quinientos pesos para mantenerse a ella y a su hijo? Apenas podía comprar su medicamento psiquiátrico y un poco de alimento. Cayó en depresión, o eso fue lo que me contaron, tenía tres años sin verla o saber de ella. -Recayó en el alcohol, me dijeron,- un día tuvo una discusión con su hijo y él se fue, se quedó sola, y entre la preocupación, la espera, la carencia de alimentos, tuvo una recaída. Antes de la pandemia, en el centro de adicciones en el que trabajaba de manera voluntaria, tenía acceso a un comedor comunitario que fue clausurado tras el confinamiento por falta de recursos. También su grupo de doble A, en donde encontraba constantemente contención emocional, estaba temporalmente cerrado.

Una tarde, según lo que me comentaron, llamó a una amiga para decirle que necesitaba ayuda pues tenía una crisis de depresión y ansiedad y se sentía muy mal. La amiga pensó si era viable ir o no. Era mayo del 2020 y la CDMX estaba en semáforo rojo por la primera ola de contagios. Cuatro horas después, cuando llegó al pequeño cuarto azul fue demasiado tarde. Lola había decidido emprender un viaje sin retorno ayudada por unas cajas de clonazepan, sertralina y una botella de ron blanco. Su vida llena de violencia terminó quedando reducida a un instante desesperado de auxilio rodeada de cuatro paredes que poco despertaron la indignación o la inquietud de alguien.

Así como ella, ¿cuántas mujeres se están enfrentando a estados emocionales en los que se juega su salud mental y por ende la vida? ¿Cuál es la importancia que tiene en nuestro país atender la salud psicológica y emocional de las mujeres y niñas?

Este nivel de tensión se lleva a su máximo en situaciones similares.

Otro ejemplo podría ser el tema del trabajo de crianza o cuidados que desempeñamos las mujeres. Me centraré en otro testimonio sobre el segundo punto.

Según indica el Observatorio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), las mujeres ocupamos el 76.2% de los trabajos de cuidados no remunerados, además de que somos nosotras quienes ocupamos en general el 70% de fuerza de trabajo en los sistemas socio-sanitarios, es decir, representamos mayoría durante la primera línea de exposición al virus de Covid-19-, aumentándole a eso las dobles o hasta triples jornadas de trabajo profesional, de cuidados y en hogares.

Megan nos compartió su historia. Hace más de diez años fue diagnosticada con depresión mayor crónica con síntomas esquizotípicos, tiene 49 años. Antes del 2020 y debido a los giros emocionales había procurado tratar de balancear algunas ofertas de empleo de medio tiempo que pudieran permitirle continuar con su atención psicoemocional y psiquiátrica y apoyar a su vez al cuidado de su madre y padre, con quienes vive. Al inicio de la pandemia, su padre fue diagnosticado con Mal de Parkinson y en pleno cautiverio, él se liberó de la última lucidez que le quedaba, decayó su ánimo, mente, y cuerpo quedando en la dependencia total de su esposa e hija. La madre, tras haber batallado años con un problema ocular perdió la vista del ojo izquierdo. Tras la alerta sanitaria, Megan perdió las fuentes de ingresos que tenía y por ende, su libertad financiera, por lo que decidió poner en venta algunos libros para generar ingresos. A la par de resolver esta situación y tratar de sostener de manera épica la misión de mantenerse con vida, tenía ahora la tarea de cuidados y atenciones de tiempo completo para las vidas que existían a su alrededor. No sólo era el virus de lo que debía resguardarse sino de los estrepitosos giros que podía dar su estado emocional o el de su padre, quién sonámbulo, solía escabullirse por las madrugadas a través del edificio. En ese departamento de 90 metros cuadrados, viven los tres y Alice, la amiga felina de Megan. Su habitación resume un espacio personal de 9 metros cuadrados. Tal vez es poco para algunos o mucho para otros pero el hecho es que no hay pared que alcance para resguardarse de los ruidos constantes que demandan de manera directa o indirecta “su asistencia”, el estado de alerta permanente, los cambios de pañal, el baño a su padre, la respuesta constante a las

peticiones de la madre y los lapsos profundos y, a primera vista, infinitos de depresión. Ahora Megan, llora todo esto a solas, mientras no hay otra opción que la de cuidar al hombre que se mostró siempre duro, incluso violento y que ahora, con un dejo de contradicción interna, la ha dejado sin la opción de elegir.

Megan a veces no puede moverse ni ella misma, su cama suele convertirse en un pozo sin fondo tal como el de las danades y abrirse con la amenaza de engüirle y no dejarla escapar jamás. La sonrisa se fue por su estrecha ventana, la depresión la paraliza, los medicamentos parecen no encontrar un sitio adecuado para reajustar la maquinaria bioquímica y entre tanto caos externo e interno, parece que de pronto todo simplemente colapsará.

Ella es la menor de cinco hermanos, la única sin hijos ni pareja o “vida aparentemente funcional” a cuyo pretexto se ha colocado naturalmente como quien debe por obligación, ser la encargada del cuidado de la vejez de sus padres. Aunado a esta falta de valoración de su trabajo de cuidados tanto en su entorno inmediato y social, está la poca prioridad y empatía que se da a los padecimientos mentales, mismos que socialmente suelen ser reducidos a casos de “voluntad”.

Sin trabajo y como parte de la reserva laboral de este país, casi en nulidad considerando que además de ser mujer, de estar en pandemia y tener 49 años, porque la edad en nuestro país para conseguir un empleo si cuenta, le ha sido notificado hace un par de semanas que deben desalojar en los próximos meses el departamento en el que ella y sus padres habitaron por más de 40 años, pues ha sido puesto en venta.

Megan es parte del 72% de mujeres que tras la epidemia sanitaria se ha quedado sin empleo, y que sumado a ello, se enfrenta a un trabajo completo no remunerado ni valorado que pone en riesgo su salud mental.

Hoy en día, nadie duda que el COVID-19 llegó a exhibir de manera atroz las desigualdades y a poner a muchas mujeres y niñas en situación de vulnerabilidad. Pensé otro ejemplo en la situación de las trabajadoras domésticas y específicamente en el caso de Lorena. Mujer náhuatl de 39 años, oriunda de la huasteca potosina, una mujer que se ha dedicado por más de 20 años al servicio doméstico. A los 14 años salió de su pueblo natal hacia la Ciudad de México, donde inició su travesía por casas lujosas y extravagantes

en las que la hacían usar uniforme. Por azares del destino se matrimonió y estableció en las periferias del Estado de México. Al pensar en su historia, apareció en mi cabeza que irónicamente lo que ahora es un hit comercial de Netflix con su serie de “Maid” o en español “las cosas por limpiar”, ella lo vivía con un final menos romántico al del relato estadounidense. 6 días de trabajo eran, 6 casas, por 300 pesos por día que en 6 días eran \$7,200 pesos mensuales. Tras el confinamiento, ella perdió 6 trabajos de manera simultánea y su marido, fue despedido del único empleo que tenía. El pasado julio, su madre y padre con más de 80 años de edad, quienes viven en el pueblo de Tampacan en la Sierra, se contagiaron de covid. Ninguno de ellos tenía dinero para combatir una enfermedad que es cara y clasista. Sus ingresos por día y familia eran de 50 pesos diarios provenientes de la siembra de café, a veces, si vendían alguna otra cosa ascendía a 80 pesos. Su familia se encontraba arrinconada en un espacio sin hospitales cercanos, sin medicamentos y al parecer sin esperanza alguna, Lorena, quien se se abatía en llanto cuando me lo relataba, me decía: - No puedo ir, ¿qué pasaría si me contagió? ¿Qué harían mis hijos? – Yo tengo que trabajar. -Nadie quiere acercarse, no les alcanza para pagar, el médico, les cobra 500 pesos por cada consulta y no tienen dinero-.

La historia de Lorena me conduce a la pregunta sobre cuántas voces de mujeres encarna ella, a cuántas empleadas domésticas, a cuántas madres, a cuántas mujeres pidiendo auxilio ante un sistema de salud roto y ante una desigualdad económica que nos atropella la esperanza. Lorena, a quién le da pena hablar su lengua y me confiesa en un susurro que solo la usa para comunicarse con su madre pues no le gusta hablar español.

Si pudiéramos medir el peso de lo que el sistema patriarcal ha colocado sobre nuestros cuerpos y vidas ¿Cuánto pesaría?¿cuánto es lo que cargamos las mujeres?

Al 19 de octubre y según el Observatorio Género y Covid-19, en México hay 1,882,230 casos de mujeres contagiadas de Covid y 108 mil 572 decesos confirmados. Poco a poco me he hecho a la idea de que en esos indicadores sobre “fallecimientos de mujeres” se encuentra incluso mi propia hermana. Lo que resulta verdaderamente conflictuante no es el hecho de su muerte sino las circunstancias de vida y muerte. Considero, que a veces no se vislumbra que

de fondo hay un tema de género y clase que deriva en un trato desigual en el tratamiento de la enfermedad y la posibilidad de haber podido tener circunstancias más dignas para resguardarnos durante la epidemia.

Podría seguir enunciando muchos casos propios y ajenos, como mujer y como una apasionada de las historias, sin embargo, me gustaría invitar a la revalorización de nuestras experiencias durante la pandemia como testimonios que generen conciencia y acciones sobre las desigualdades que vivimos mujeres y niñas. Pongamos voz y nombre a los indicadores de género nacionales.

Que no se borren las historias de resistencias, de lucha, de heroínas que han encarado la mayor crisis de salud del mundo contemporáneo. Que no se diluyan los testimonios de niñas, de abuelas y mujeres que siguen encarnando las vivencias y efectos de la epidemia y que son necesarias para alimentar nuestra memoria colectiva, para que tengamos siempre presente cómo las desigualdades y violencias que el sistema capitalista y patriarcal ha ejercido sobre la vida humana y específicamente, sobre las mujeres, tienen secuelas y existencias más que nunca presentes.

No nos olvidemos de todo lo que hemos vivido y de cómo las mujeres hemos enfrentado, resistido y vencido desde muchas acciones personales y colectivas este 2020-2021. Registremos nuestros testimonios para que sean parte del recuerdo colectivo de las generaciones presentes y venideras.

Bibliografía:

Datos tomados del observatorio Género y Covid-19 en México (<https://genero-covid19.gire.org.mx/>)